



Cristian Vidal. *MATANZAS FUNDACIONALES. HUELGAS Y MASACRES OBRERAS EN LA NOVELA HISTÓRICA HISPANOAMERICANA*. Santiago: Universitaria, 2022: 221 pp.

Ya desde su título, este libro nos sitúa en una perspectiva transgresiva con respecto a los análisis predominantes en la literatura hispanoamericana y, particularmente, de la narrativa chilena de filiación histórica. C. Vidal selecciona un corpus del siglo XX (y XXI) en el cual se aprecia como “la comunidad histórica nace de una relación original y traumática” (28) ya no solo producto de la guerra –como aquella de la Independencia– sino con “actos violentos” derivados de la emergencia de una identidad social, política y económica que entra en conflicto con aquella de la estructura colonial que persiste en las llamadas “repúblicas” del siglo XIX. Se trata, entonces, de un signo común que recorre Hispanoamérica cuyas mayores emergencias –conforme a la selección de C. Vidal– ocurren históricamente en 1907, 1919, 1922, 1928, 1942, en Chile, Argentina, Ecuador, Colombia y Bolivia. Pero no se trata simplemente de una datación histórica ni de un listado de novelistas. Se trata de abordar el cambio de un paradigma socio-económico heredado por otro ya no estrictamente agrícola sino semi-industrial propio de la explotación de riquezas naturales como el salitre y el estaño, de la siderurgia, la explotación del cacao, del banano y la constitución del mercado y del capital, según se aprecia en las novelas objeto de este estudio. Este cambio histórico-social lleva consigo la irrupción de nuevas estructuras relativas a los roles de hacendado, campesino –merecedor de regalías– frente aquel otro de empresario, obrero, regido por un sueldo, por un horario de trabajo y que asume una identidad y afiliación de clase social, como tal o en calidad de líder sindical como en *Hijo del salitre* (85 y ss).

Para el desarrollo de su tesis, C. Vidal establece que –más allá de las constancias histórico conceptuales– la legitimación de la violencia es el denominador común que está presente en las matanzas fundacionales según expresa un personaje de *La semana trágica* de David Viñas: “todo empieza con las huelgas, se castiga a uno, pero el mal sigue y sigue”.... “¿qué pasa si no lo paramos” (37). Por lo mismo, lo ilegítimo es la huelga por cuanto paraliza la producción, en tanto se pide aumento de sueldo y otras demandas propias de la llamada “cuestión social”, rechazadas en virtud del temor a una incipiente filiación marxista cuando no anarquista. En consecuencia, la matanza se ejecuta como reacción violenta, como un castigo extremo que se consuma como masacre que tiende al exterminio de una otredad que se estima, sin justificación alguna, amenaza un orden hegemónico establecido y, por lo mismo, garantiza la impunidad de quienes las ejecutan.

Los seis capítulos de este libro (I. Matanzas fundacionales en la novela histórica de Hispanoamérica; II. Violencia fundadora: Buenos Aires y la “Semana Trágica; III. Fundación de una nueva historia: Santa María de Iquique, (1907); IV. Historia y ficción: la huelga general en Guayaquil, 1922; V. “La huelga del estaño”: la matanza de Catavi en Bolivia (1942); VI. Polifonías textuales: la masacre de las bananeras en Colombia, 1928) y sus desgloses en estimulantes subcapítulos, son suficientemente ilustrativos de diversos acontecimientos sociales e históricos caracterizados por la violencia consumada como masacres fundadoras que, por su misma condición, han quedado al margen de las historias nacionales y que lindan con el olvido frente al cual actúan estas u otras novelas no consideradas en este corpus.

Para efectos de la literatura hispanoamericana –y no sólo para Chile– desde Ercilla se establece un canon conforme al cual sólo la hazaña, la victoria sobre el rival es digna de memoria, de gloria, y “celebrarse con razón merece”, premisa no aplicable cuando ocurre una masacre y una derrota de obreros. De por sí, se trata de una violencia básicamente ejercida por un bando armado, garante del orden del Estado, frente a petitorios de un colectivo civil que no lo está –o lo está escasamente con sus instrumentos de trabajo– y que se transforma en víctima de una atroz represión. Por lo demás, toda masacre lleva consigo un signo de la impunidad porque los victimarios no serán juzgados (sino honrados, tal vez) pues, han actuado conforme las órdenes de un Estado de derecho que representa un orden conforme a un poder legitimante. Un poder legitimante que, bien sabe que tales hechos constituyen acontecimientos no dignos de memoria y por lo tanto deben ser marginados y suspendidos en una no escritura y sellados con el olvido.

Para el logro de sus objetivos, C. Vidal debe superar la tendencia a seleccionar un corpus narrativo y de autores conforme a las tradicionales periodizaciones en tendencias y generaciones. Su selección comprende novelas publicadas entre 1952 y 2017 y no ignora géneros como la novela y el folletín histórico, la narrativa del realismo social y de la crónica periodística. Como explicita C. Vidal, “Las novelas históricas actuales que toman como referente alguna matanza... (S)e enfrentan a la historia poniendo como foco central la violencia que subyace en estos acontecimientos y la necesidad latente de construir una memoria textual de y para la historia pero desde una mirada colectiva, subjetiva, que la mantenga viva y que genere conciencia de la catástrofe que ronda a los hechos que durante el siglo XX se produjeron” (198).

En este corpus, “la memoria textual” de los luctuosos episodios aparece perfilada básicamente como una actitud de recuerdo, evocación, o actividad re-memorante de un narrador básico o de testigos que pugnan porque su memoria individual sea acogida por una comunidad de oyentes. Para tales propósitos sobre lo histórico-efectual predomina lo imaginario en tanto matriz desde la que se derivan sentidos que el testigo o un narrador indagan al reconstruir las vidas de las víctimas cuyas existencias aparecen ligadas a una realidad socio-histórica.

Al respecto, todo acto de rememoración convoca una complejidad de procesos discursivos destinados a la constitución de complejas significaciones, de modo tal, que la datación del relato se constituye al modo de un ceremonial de conmemoración que no se limita a la exacta referencia histórica de los hechos y se instala como un constante presente. En el acto conmemorativo –estima Ricoeur– más que un sujeto es “una comunidad la que reactualiza los acontecimientos que considera como fundantes de su propia identidad” de modo tal que este ceremonial lleva consigo “una estructura simbólica de la memoria social”, aquella que registra el libro de las efemérides, aquel de las fechas dignas de recuerdo de una Nación (1976). Situados en esta perspectiva de conmemoración se trata de una escritura que desde un sucesivo presente indaga en el sentido que se le otorga a ese pasado que se recuerda sin que se constituya en un círculo vicioso –y no de aprendizaje– como ocurre con el protagonista de *Santa María de las flores negras*.

En suma, este estudio de C. Vidal constituye una réplica al silenciamiento de la escritura de los hechos no dignos de conmemoración colectiva como propone Ercilla cuando suspende el canto a la guerra de Arauco por cuanto esta ha dejado de ser una historia digna de memoria y se ha trocado en extremada derrota, en elegía. El corpus que nos presenta este autor actualiza las huellas que han trazado las utopías sociales y el bautismo luctuoso y sacrificial de la clase obrera en América hecho que reclama su lugar y su presencia en la narrativa hispanoamericana.

Eduardo Barraza
Universidad de Los Lagos

